

PRECIOS

MADRID

Tres meses. 9 rs.

Seis id. 16 »

Un año. 30 »

PROVINCIAS

Tres meses. 10 rs.

Seis id. 18 »

Un año. 34 »

NUMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses. 29 rs.

Seis id. 38 »

Un año. 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administración el importe en sellos franceses del correo.

Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses. 38 rs.

Un año. 70 »

FILIPINAS

Seis meses. 60 rs.

Un año. 100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.

¡ALTO!

—Pero, hombre, ¿no te levantas?... ¿no vas á trabajar?

—No, chica, ayer me he declarado en huelga, y ya no voy á trabajar hasta que el maestro me lo venga á pedir de rodillas.

—Pero, hombre, ¿y crees tú que el maestro?...

—¡Vaya! A nosotros tiene que venir todo el mundo á hacernos el *rendivú*. A ese marques de ahí enfrente le has de ver tú de barrendero de la villa; bien que en diciendo que venga el gobierno del pueblo, no se barrerán las calles por cuenta de la villa; las barrerá el que quiera.

—Dime, ¿tú has salido esta madrugada cuando yo dormía?

—¿Por qué lo dices?

—Porque me parece que has tomado ya el aguardiente.

—Poquitas bromas, mujer; mira que se va á hilar muy delgado cuando gobernemos nosotros.

—¿Y qué quieres decir con eso?...

—Que si me haces rabiar, te dejaré y me casaré con otra.

—Sí, ¿eh?...

—No te rías, que todo se va á arreglar en diciendo que se arme la gorda. A mí me has de ver en Palacio, hecho todo un delegado á los negocios extranjeros, con una faja encarnada y una banderola, y casaca larga y calzon corto... ¿Has visto las láminas de ese libro que he tenido ahí, de la *Revolucion francesa*? Pues lo mismo.

—Pero, Perico... Yo voy á llamar al médico; tú estás malo...

—¡Malo!... ¿eh?... Ya verás, ya verás.

—Ese señorito con quien te ven por ahí paseando y en el café, te ha vuelto loco.

—¿Ese señorito?... Ese, ese sí que sabe; ya ves tú, es frances. Ese sí que está en grande... Va y viene á todas partes, alistando obreros...

—¿Para trabajar?

—¡Cal!... Para armarla. Él vive en grande, en la fonda, pagando no sé cuántos duros diarios. Así vamos á vivir luego todos.

—Pues á mí se me ha metido en la cabeza que ese frances es un tuno.

—¿Tuno, eh?... ¡Un frances como ese!... Además, ya no hay patria; ni él es frances ni yo soy español; somos... ¿cómo dijo?... somos dos individuos... dos humanos... no es esto... dos... ¡vaya! no me acuerdo, pero él lo explica muy bien.

—Pues ¿sabes lo que te digo?... Que lo que debias hacer era ir á trabajar, á ganar tus diez reales, y luego por la noche, á la escuela de la esquina á aprender á leer y á escribir, y decirle al frances que te deje en paz.

—¡Bah! ¡bah! ¿qué sabes tú de eso?... ¿Trabaja ese marques de enfrente?... Pues ¿por qué he de trabajar yo?

—Hombre, porque él tiene fortuna y tú no.

—Y ¿por qué tiene fortuna?

—Porque se la dejó su padre.

—Y ¿por qué se la dejó su padre?

—Sin duda porque no te conocía á ti.

—Tú no entiendes de estas cosas.

—Tienes razon; no entiendo lo que quieren decir esas locuras; lo que entiendo es que trabajando tú y trabajando yo, podemos vivir tranquilamente, aunque no con lujo, que maldita la falta que nos hace, y que desde que tratas con esos señoritos, el frances y otros, estoy sobresallada y temiendo por ti. Créeme; nada bueno te traerán esos amigos que te has echado de repente.

—Don Magin, estoy asombrado de los progresos que hace *La Internacional*.

—Mire V., á mí me duele ese mal sintoma; pero crea usted que la responsabilidad de lo que ocurra no será de os internacionalistas.

—¿No?

—No, señor; los honrados obreros de España no habrían hecho caso de extrañas sugerencias, si no estuvieran viendo los perniciosos ejemplos que les dan esos que se llaman hombres políticos.

—¡Ah! esa es mala gente.

—En general, sí, señor. El ejemplo de fortunas improvisadas en dos ó tres años; la repentina subida á altos puestos de los que ayer acaso buscaban y halagaban á los obreros y ahora no los saludan; el descaro y la osadía de las más supinas nulidades; las pruebas de poco patriotismo y ningún desinterés que dan esos hombres políticos; la farsa, en fin, en que se ha convertido la política, son otros tantos elementos de propaganda para *La Internacional*. El pueblo ha hecho en vano todas las revoluciones por consejo de los hombres políticos, y todos le han engañado; todos han procurado su propio medro, des-cuidando cumplir las promesas hechas, y ya se ha cansado de ser juguete de los políticos, y como siempre el pobre pueblo es juguete de alguien, ahora puede que lo sea de sus nuevos regeneradores, de esos socialistas de gaban que truenan contra los ricos, porque ellos no lo son; contra la herencia, porque ellos acaso derrocharon la suya; contra la religion, porque son soberbios é ignorantes, y contra la tiranía porque la quieren tener en sus manos.

—Tiene V. razon.

—Eso creo. Viera el pueblo en el poder y en los primeros puestos á personas modestas, humildes, sábias, capaces de la mayor abnegacion, incansables en procurar el bienestar del pobre, solícitas por hacer justicia á todo el mundo, y el pueblo no haría caso de absurdas predicaciones. Pero si no le dan más que malos ejemplos; si no le enseñan más que el himno de Riego y el ejercicio; si no defienden sus intereses, si administran mal los fondos públicos, si le hablan de virtudes los que tienen vicios, de trabajo los que viven sin trabajar, ¿qué ha de suceder?...

—Es verdad.

—Desengáñese V.; el mal está arriba, de arriba viene el ejemplo. ¿Cómo han de ser las segundas partes y las partes de por medio en un teatro donde las primeras partes son comediantes de la legua?... El último comparsa del acompañamiento se cree capaz de hacerlo tan bien como el primer barba.

—Pues, señora, quedamos en que mañana traeré el baul.

—No falte V.

—No, señora; y estará V. contenta conmigo, porque, aunque me esté mal el decirlo, para pegar un puchero, digo, para poner un puchero y ahumar un guisado, digo, *desazonar* un guisado, me las apuesto con cualquiera, y en cuanto á la plancha, no está bien que yo lo diga, y el lavado, eso sí, no he de tener escaso el jabon...

—¿Y no tiene V. novio?

—¿Novio yo?... No, señora; yo no estoy por casarme. No es porque no me guste algun hombre... ¡Ave Maria! Yo soy de carne y hueso, ¡pero casarme no! Los días que haya sesion, eso sí, me dejará V. *dir*.

—¿Sesion de qué?... ¿Va V. al Congreso?...

—No, señora, eso es muy *cursi*; es que tengo un cuñado que es de *La Internacional*, y me gusta oírle cómo se explica.

—¡Ah! ¡ya!...

—Por eso no quiero casarme, porque mi cuñado dice que es una barbaridad.

—¿Pero él está casado?

—Sí, señora, con mi hermana, pero hágase V. cuenta de que él anda por un lado y ella por otro.

—Vamos...

—Mi hermana es muy *liberal*, no crea V., y mi cuñado mucho más, pero en lo demás no congenian.

—Ya me hago cargo.

—Pero hombre, dos cuartos más ha subido el pan, y otros dos la carne.

—¡Echa, echa! Pues, hija, no sé qué vamos á comer con seis reales de jornal que tengo.

—Y tres hijos.

—Es preciso que tú y yo comamos ménos para que á los chicos no les falte.

—Eso por de contado.

—Dime, y si te metieras en *La Internacional*, ¿no tendríamos algo más?

—Mira, hija, á mí me han hablado de eso, y yo mismo he ido á oír unos discursos sobre el asunto, pero cuando empiezan por decirme que no hay Dios, que no se debe casar nadie, y que no hay patria, y otras cosas por el estilo, con verdad te digo que no creo que los que me dicen eso me vayan á hacer feliz.

—En eso tienes razon.

—Yo no entiendo de estas cosas, pero creo que lo que falta en España es un buen gobierno que se ocupe de los pobres, y un Congreso donde en lugar de hablar tanto en vano se trate de mejorar la suerte del trabajador, y se le proporcionen medios de instruirse, y se le ayude y se le considere. En fin, tengamos paciencia y resignacion, y seamos buenos, que es lo principal.

—Yo voy á ver si encuentro ropa que planchar para ayudarte y poder comprar ropita á los chicos.

—Y encontrarás en el barrio, que todo el mundo sabe que somos honrados, y que tenemos tanto decoro como el que más.

—Pero hombre, ¿vé V. qué diputados?...

—Sí señor, sí, ya los veo.

—Pues V. tiene la culpa de que no sean mejores.

—¡Hombre! ¿yo?...

—Y yo, y aquel, y el vecino, y todos, porque somos los majaderos que los elegimos.

—En eso tiene V. razon.

—Llegan las elecciones, y vamos como corderitos á votar á los mismos habladores, digo oradores, de fama, á los mismos empleados, á los mismos presupuestivos, que vienen luego al Congreso y hacen lo de siempre.

—Y nos dan chasco.

—Porque somos tontos, porque un chasco se dá una vez, pero tantas... solo á tontos de capirote como son los electores que votan, ó egoístones sin conciencia, como son los electores que no votan.

—Pues en las primeras elecciones que haya...

—Sucederá lo que en todas.

—¿Y su esposo de V., Mariquita?

—Bueno estará; se fué anoche.

—¡Un viaje en este tiempo!
 —Sí, por pocos días; le han hecho gobernador de una provincia.
 —¡Ah! entonces pronto estará de vuelta.
 —En seguida; estará allí mientras se estera en casa. Pero como ya es una vergüenza no haber sido siquiera gobernador de provincia... por eso ha ido, y porque luego nos queda el tratamiento.

NECROLOGIA.

El Excmo. Sr. D. Severo Catalina del Amo ha fallecido, volviendo á la tierra como los pámpanos de Octubre: no serán pocos los que acompañen en el sentimiento al autor de estas líneas, que no era su deudo, ni correligionario; era su amigo, porque le trató desde niño; era, porque le conocía bien, admirador de su talento. Cualidades estimables tenía el difunto para que se duelan de su pérdida, no ya los indiferentes, los adversarios mismos.

Cierto, que cuando las naciones conllevan una existencia agitada y revuelta, ó un período de transiciones que las desquician y trastornan, cual acontece medio siglo há á nuestra desventurada España; cuando la pasión, las exageraciones y los rencores han usurpado el puesto á la calma, la tolerancia y la razon serena, es difícil que se juzgue con imparcialidad á los hombres de valía; aún en el dia llamado de las alabanzas, hasta el que acepta con gusto el encargo de predicar las honras de quien ocupó el poder, corre el riesgo de ser mal comprendido ó calumniado. Pero no: aún existe valor civil y nobleza castellana, para que no falten al muerto y á sus oradores adhesiones sinceras, leal reconocimiento, justicia y verdad.

El Sr. Catalina habia manifestado desde que empezó á cursar en el Instituto provincial de Cuenca, su patria, una disposicion intelectual nada comun, en consonancia con el grande desarrollo físico de su cerebro, digno del exámen de los frenólogos: anunciaban su asiduidad en el estudio, su penetracion, su agudeza y sus arranques, que habia de llegar un dia en que brillasen las luces de su clarísimo ingenio. Estudiando derecho en la Universidad central, emuló con los más aventajados compañeros, y se captó el aprecio de los más distinguidos profesores. El de hebreo, D. Antonio María Garcia Blanco, formó de su capacidad filológica tan aventajado concepto, que no satisfecho de ostentarle su discípulo predilecto, logró que se crease una segunda cátedra de literatura hebrea, para que enseñase al lado de su maestro las bellezas del habla de Israel: distincion que ideada por el catedrático y aprobada por el gobierno, dice mucho en favor del agraciado, que ganó ademas por oposicion la plaza sin competencia. Con sus dotes y buen trato, se conquistó tambien la estima de sus iguales en todas las facultades; que no suele haber jueces más rectos del mérito, que los que continuamente se rozan y miden: sin distincion de opiniones recibia muestras señaladas de consideracion, y á no hallarse envenenado el virus político, todos se hubieran honrado con su amistad. La Academia Española le abrió sus puertas con aplauso, y no será este cuerpo sabio el que ménos se duela de verse privado de su cooperacion inteligente y laboriosa.

Los escritos del Sr. Catalina han llamado justamente la atencion por lo elevado de los pensamientos, por el sentido práctico de las concepciones, por lo castizo de la frase, sin hinchazon ni palabrería, aunque incisiva á las veces. Su discurso al recibir el grado de doctor en jurisprudencia en 1857, el que leyó en 1861 á su ingreso entre los académicos de la Lengua, el volumen que publicó en 1858 con el modesto é intencionado título de *La mujer, apuntes para un libro*, numerosos folletos y artículos suyos que han alimentado la prensa, y todas sus producciones conocidas, le han valido el concepto de literato y filósofo profundo, de escritor sesudo y galano.

Al recordar que fué director general de Instruccion pública y ministro á seguida de Fomento, ruego á mis lectores que no tomen en cuenta la fecha, ni se dejen llevar de la inquina á que arrastra el ciego espíritu de partido. Si en el juicio que formó sobre el estado de la primera enseñanza y de sus maestros tuvo alguna alucinacion, como yo lo creí, y se lo manifesté privada y públicamente, ¿qué razon hay para que á nuestra vez nos alucinemos, desconociendo por eso las ideas útiles y fecundas que tenia y pensaba plantear? La capacidad,

el saber y el buen deseo están muy por encima de las cuestiones momentáneas y el desconocer aquellas dotes elevadas en el Sr. Catalina seria injusticia notoria. Personas de su talla en todo tiempo son gloria de la patria, y deben ser honradas como tales por todos y por siempre; que no estamos tan sobrados de eminencias, que, olvidadizos ó desconocidos, desalentemos á la juventud, que ha de reemplazar á las enterradas.

Son bastantes los que desdeñan á sus parientes pobres, cuando han sabido elevarse á posiciones encumbradas; abundan los que ocultan los defectos físicos y la edad que tienen; son pocos los que deponen el amor propio para confesar un error ó una equivocacion, y es un caso fenomenal que un partidario de escuela filosófica ó teológica se convenza ante los argumentos de la opuesta escuela. Pues todavia es más extraño en tiempo de guerras políticas sañudas, que un contendiente confiese sin reservas en su adversario cualidades sobresalientes, mérito verdadero, todo el talento y virtudes que posee. Para obrar públicamente con esa sinceridad y buena fé, se necesita un don divino ó haber llegado á edad tan avanzada, en que toda la vida queda á la espalda y no se ve por delante más que la tumba y el juicio severo de la historia.

Yo lloro al hombre de ciencia y de altas prendas que nos ha arrebatado la muerte muy temprano: no es ocasion esta de hacer apoteosis ni condenacion de doctrinas políticas ó administrativas. Porque me repugnan los autos de fé y las excomuniones, no quiero ser inquisidor del talento, ni usar de anatemas contra ningun honrado patrio. De tantos como me han precedido en el camino del sepulcro, dos solas veces he tomado la pluma para escribir postrimerias; es tarea dolorosa y comprometida.

Narré la vida de un orador eminente, de un amigo, patrio reconocido por toda España y fuera de ella; pero aún sentia mi mano virilidad y lozanía. Hoy dedico estos pocos renglones á la memoria de un escritor aplaudido en la república de las letras, de un genio de grandes esperanzas, mi paisano y mi amigo; pero el peso de los años me abrumba y pueden más los sollozos que los destellos de la razon. Perdóneme su desconsolada viuda, sus parientes y cuantos le amaban, la poquedad de una corona tejida con agostadas flores: atiendan á mi deseo, que es cariñoso y santo. Nunca reparó el que yace en mis particulares opiniones para estimarme y quererme; ¿habia yo de ser tan injusto y fiero que le escatimase el elogio funeral?

La literatura ha perdido en el Sr. Catalina uno de sus cultivadores más asiduos é inteligentes; Cuenca debe vestir el luto por su hijo ilustre; los amigos exhalaremos afectos de pena. Ha fallecido sin descendencia cuando apenas llegaba á la madurez de la edad, y si ántes habia dado muestras tan señaladas de aptitud, mucho podia esperarse de estudios que traia entre manos, aleccionado, como lo estaba en sus viajes por Europa y en la escuela del infortunio. Campoamor dijo del libro *La mujer* este elogio grande y conciso: «Ó no habrá hombres en el mundo, ó vivirá eternamente.» Parodiando el pensamiento, concluiré diciendo: *Ó no habrán un conquense de buen corazon y de seso, ó durará la fama literaria de D. Severo Catalina.*

FERMIN CABALLERO.

Barajas de Melo, 22 de Octubre de 1871.

UNA DOCENA DE MARIDOS ELEGIDOS.

RETRATOS DE CUERPO ENTERO QUE PINTA UN CABALLERO PARTICULAR PARA EJEMPLO DE LOS MOZOS, MEDITACION DE LOS CASADOS Y REGOCIJO DE LOS VIUDOS.

IV.

Perico.

¿No conocen Vds. á Perico?... A Perico Fernandez ¿no le conocen Vds?... Sí que le conocerán, aunque no por ese nombre, porque Perico es muy conocido, y su mujer, mucho más. Perico es el marido de la Gallito, una cantante de ópera que ya ha corrido todo el mundo y sus alrededores.

Todo el mundo sabe quién es el marido de la Gallito, y así le llama todo el mundo, ignorando su nombre hasta sus más amigos.

Pues, señor, yo conocí á Perico Fernandez cuando era estudiante, un mal estudiante por de contado, muy versado en billas y carambolas y retruques, gran aficionado á comedias caseras, y aún creo que en alguna sociedad dramática de aquel tiempo hacia él de apuntador, porque otra clase de papeles los hizo siempre malditamente; pero si no sabia representar comedias, era, por su

carácter y aficiones, un galan consumado, como que siempre hacia el amor á alguna ó algunas de las aficionadas que en aquellos teatros de sociedad trabajaban con gran aplauso de sus familias y de los socios, que por una peseta ó seis reales cada funcion, tenían opcion á tres billetes. Aquellas sociedades dramáticas, solaz y entretenimiento de la gente *cursi*, han desaparecido casi por completo, y las han reemplazado los teatros-cafés, que tanto daño hacen á los teatros principales.

Como digo, era Perico un galanteador terrible, y mientras olvidaba lastimosamente á Condillac y Servant Beauvais, traia grandemente alarmadas á las mamás de las primeras actrices de dos ó tres sociedades dramáticas, y hacia calaveradas de géneros diversos, alguna de las cuales le valió algun trancazo, procedente de un padre de malas pulgas.

Tropezando y cayendo, reprobado unas veces, suspenso otras, acabó Perico su carrera de abogado á tiempo que su padre acabó la de su vida, dejándole por heredero de una fortunita que siempre llegaria á 20.000 duros, una buena base para un jóven juicioso y aplicado, es decir, para un jóven que fuera precisamente lo contrario de Perico. Este empezó á gastar alegremente; se hizo amigo de los actores y literatos noveles que andan siempre alrededor de aquellos, y, en fin, se metió en el teatro de un modo que todo el dia y toda la noche pasaba en tan buena compañía, y buen dinero tiene gastado en los Andaluces, convidando á los cómicos, quienes le apreciaban mucho para atreverse á desairarle. Tambien fué empresario una temporada, con objeto de que se pusiera en escena una obra suya, tan buena, que todavia se oyen los silbidos con que el ilustrado público la recibió. Este descalabro parecia que le habia curado de su aficion, porque durante algun tiempo estuvo retraido y apenas se le vió por los teatros. Pero no habia tal curacion; lo que habia era que se fué, avergonzado de la silba, á Málaga, á ver si cobraba un crédito de su padre, y allí estaba muy entretenido, como que se habia enamorado perdidamente de una jóven cantante, que formaba parte de la compañía de ópera que actuaba en aquel coliseo. Antoñita Gallito era una chica muy guapa, con una vocecita muy bonita, y que tenia gracia y travesura, y ademas hija del pais. Con todos estos elementos, la muchacha hacia furor, y Periquito estaba embobado. Allí se gastó no sé cuánto en coronas primorosas, que dedicaba á la jóven cantante, y desde allí enviaba sueltos á todos los periódicos de Madrid, anunciando que la Gallito era mejor que la Persiani, que la Alboni, y que todas las cantantes del mundo, y así la proporcionó pronto un ajuste para Madrid, que ya estaba ansioso de conocer semejante prodigio musical. Antoñita vino á Madrid, y la noche de su *debut*, Perico le preparó la más unánime ovacion, como que compró casi todos los billetes; hubo grandes aplausos, coronas, ramos, palomas, cintas, versos y hasta un gato atravesó la escena entusiasmado.

Perico, obtuvo despues de aquella representacion el anhelado *stí*, y la Gallito siguió cantando algunas noches en uno de los teatros de Madrid, pero la empresa estaba muy quebrantada y no la pudieron salvar ni la Gallito, ni los sueltos encomiásticos de Perico. Tronó la empresa y la Gallito quedó sin ajuste.

Perico aprovechó aquella huelga forzosa de la Gallito, y la redujo á que se casara con él, cosa en que consintió la niña, porque le estaba agradecida, en primer lugar, ó en segundo, porque en primer lugar lo que creia la Gallito era que Perico tenia muchísimo dinero, y todo el mundo lo creia tambien, pero no habia tal dinero, pues ya le quedaba poco de la herencia de su padre; tal prisa se habia dado á gastarlo en dar convites á los actores, sus amigos, prestar para sus urgencias á algunos de ellos, y hacer el éxito de la Gallito. Aún le quedó, sin embargo, para dar un banquete de boda, al cual asistieron todos los gaceteros de Madrid, los cuales coincidieron luego en decir en los respectivos periódicos que la Gallito era el asombro del mundo, y el marido de la Gallito el mejor marido del universo y el hombre más ilustrado, más amable y más distinguido de Madrid.

Yo tambien fui á la boda de Perico y la Gallito, y les digo á Vds. que fué una fiesta lucidísima. La Gallito nos cantó unas cosas en italiano, y luego á peticion del concurso otras en andaluz, para lo que tenia verdadera gracia. Perico no cantó porque no sabia, pero leyó unos versos que él mismo se habia compuesto para su boda, y que tenían en cada renglon dos desatinos. Los gaceteros leyeron tambien odas entusiastas, letrillas picarescas y donosos romances en honor de la Gallito, que decididamente gustaba más á todos que Perico.

Y desde aquel dia perdió Perico su nombre y fué

conocido, como he dicho, por el marido de la Gallito, y él mismo ahora, cuando su mujer le envía á algun recado, á ver si la modista le tiene hecho el vestido ó á recibir proposiciones de un empresario, se anuncia diciendo: «Yo soy el marido de la Gallito.» Tan persuadido está él mismo de que si él vale algo en el mundo es como marido de la Gallito, y que como Perico Fernandez es un cero á la izquierda.

Después de su casamiento, la Gallito estuvo algun tiempo sin ajustarse, visitando cortes, pero á Perico se le iba acabando el dinero muy de prisa, y la Gallito se ajustó en el teatro, dando comienzo así Perico á su gloriosa carrera de *primo-donno*, carrera llena de satisfacciones, porque siempre lo son los aplausos y homenajes que se tributan al talento de la mujer propia, pero tambien erizada de peligros y copiosa en amarguras, sustos y sobresaltos.

Ya llevan bastantes años de casados Perico y la Gallito, y Perico curado de espanto por consiguiente, pero lo que hay que oír á Perico es lo que sufrió en sus primeros tiempos de casado, estando como estaba enamorado de su mujer. Ahora ya Perico es otro hombre, es sencillamente el marido de la Gallito, su apoderado... hasta cierto punto, su representante, su enviado extraordinario, su secretario; ella le mantiene y él está contento y satisfecho, poseído de su papel y avenido á las circunstancias.

(Se concluirá en el número próximo.)

¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuacion.)

—Pero, hombre, ¿qué motivo?...

—El de siempre; sus celos infundados y sus antojos incomprensibles. Ayer me vió escribir unas cartas, y porque no quise leerlas, me dijo que serian para alguna lagartona, y se puso hecha una fiera.

—¿Y por qué no se las enseñó V.?...

—Porque se trataba de cumplir un encargo del señor Maubiet, que me ha escrito dándome instrucciones, y si mi mujer se enterase, enseguida se sabria todo, porque las mujeres no han sabido nunca guardar un secreto.

—Tiene V. razon. ¿Y por eso sólo le mordió á V.?

—No, señor; fué porque anoche me dijo que yo le gustaria más si me afeitaba las cejas, y se empeñó en que me las habia de afeitar.

—¡Ja, ja!... Pero ¿qué cosas tiene su mujer de V.!

—Dijo que era un antojo... y yo le dije que no era posible, porque ninguna mujer tiene esos antojos tan *peligudos*. Pues nada; se echó á llorar, y luego me abrazó y me dijo que me afeitase, y que eso lo hacia por lo mucho que me quiere, y... de pronto ¡aum! me pegó un bocado, que ya ve V. la mano.

—En efecto; quien bien te quiera...

—Eso digo yo, y por eso no me asusto. Me ha mordido tanto, que casi me dá gusto. Yo sé que así se desahoga, y cuando reñimos, siempre le digo: «Muerde, hija mia, muerde, que eso te aliviará.»

—Es V. un bendito de Dios. Pero, volviendo al asunto, ¿qué cosas son esas que iba V. á contarme?

—Cosas importantes. El Sr. Maubiet me ha escrito, como ya he dicho. Me encarga que, mientras él llega, no perdona medio de tener al conde del Mirlo en continua alarma; que le ponga en ridiculo á los ojos de su futura suegra y futura mujer; que haga uso de unos créditos contra el conde, que me envia, y que el Sr. Maubiet ha adquirido en Madrid; que me relacione con un tal D. Manuel Redondo, jóven que, segun parece, está enamorado de Emilia, y ha venido por ella á este sitio, y que apele á todos los recursos para obligar al conde á huir, ó, por lo ménos, á abandonar su proyecto de matrimonio.

—¿Y ha hecho V. ya algo?

—Sí, señor; he escrito dos anónimos; uno al conde diciéndole que sus dias están contados, y otras cosas alarmantes; y otro á aquel señor que por poco me mata la perra en la diligencia.

—¡Ah, sí, á Patrieio!...

—Me ha ocurrido este medio de venganza de él, diciéndole que el conde del Mirlo persigue á su mujer.

—Pero si creo que son amigos...

—Aunque lo sean. Ese señor de la diligencia es muy celoso, y bien lo dió á entender en el viaje. El conde vive en la misma casa que él, segun he averiguado, y esto basta. Un hombre celoso desconfia de su sombra. De este modo, ademas, mato dos pájaros de un tiro; me vengo

del celoso, y pongo en grave apuro al conde, que tendrá que habérselas con aquel.

—No me parece mal. ¿Y á Manuel le ha visto V.?

—Sí, señor; D. Mauricio me dice que, segun le han informado, debia parar en este Sitio. He pedido la lista en la fonda y he hallado su nombre. Le visité ayer noche, cuando él se retiraba; le dije que yo tenia interes en impedir la boda del conde, que le protegeria en sus amores, porque en mi calidad de amigo de Doña Clara podria hacerlo, y hemos convenido en que, si el conde no se retira á las buenas, le armaremos una emboscada y le daremos un susto como para él solo, hasta conseguirlo. Ya hemos pensado un medio, digno de una novela despeluznante.

—Es buen chico Manuel.

—Excelente muchacho. Crea V. que siento verle tan enamorado de Emilia, una chiquilla sin corazon y mal educada; pero el amor vuelve ciegos á los hombres, y tal vez sea feliz con ella. Yo no quiero quitárselo de la cabeza porque se enemistaria conmigo, y es conveniente que él tambien contribuya á hacer la guerra al conde.

—A propósito de Manuel: ¿no le ha oido V. hablar de una Trinidad?...

—No, señor.

—¡Es particular! Una mujer que debe estar en la Granja, que yo ando buscando para descubrir el misterio de cierta carta, que es conocida de Manuel, y que no encuentro, por más que indago. Yo sospecho si esa Trinidad será Emilia.

—No lo creo. Emilia es su verdadero nombre, pero no me extrañaria que si le ha escrito á algun otro (porque escribe la niña mucho y la creo capaz de tener amores con dos ó tres al mismo tiempo), haya variado la firma para no comprometerse.

—Hay mucho de eso; no tendria nada de particular. Yo me enteraré.

—En fin, ya ve V. que la cosa marcha. Mañana iremos á visitar á doña Clara; vendrá V. con nosotros. Manuel tambien irá conmigo, y no será extraño que nos encontremos al celoso y á su mujer; todos enfrente del conde, que de seguro estará allí. Buena escena se prepara.

(Se continuará.)

CASCABELES

El distinguido escritor y hombre político D. Fermin Gonzalo Moron ha muerto loco en Valencia, después de diez dias de no comer nada, por más instancias que se le hacian y medios que se intentaban para excitarle el apetito.

Hé aquí una manía que no les acometerá á los progresistas y cimbros, que se han comido y se comen al país.

Locos, sí, parece que están, segun las cosas que hacen desde que se apoderaron del país, pero el apetito no les falta, eso no.

Se anuncia un nuevo periódico republicano; para que nadie dude lo que quiere, se llamará *La República*.

Es lo que más falta nos hace, y un poquito de *Comuné* para los aficionados.

La otra tarde un diputado republicano fué excomulgado por los suyos en el Congreso, porque dijo grandes verdades acerca del estado del país, añadiendo que la república no curará sus males.

Ese republicano es de los míos, y se conoce que es hombre de bien, y la política le parece, como á mí, una gran farsa.

Tiene razon, mucha razon, muchísima razon.

Los sagastistas y los zorrillistas se unirán al fin; el amor al presupuesto es el que hace este milagro.

Ya se dice que se formará un ministerio en que entren unos y otros, y algun cimbrillo.

¡Bah! ¡bah! ¡Qué farsa!

Pues, señor, se quejaban estos revolucionarios de que ántes habia frecuente variacion de ministerios.

Pues, ahora no digo nada, pero cuatro ó cinco llevamos ya en este año.

Recomendamos á nuestros lectores la preciosa *Baraja geográfica* del Sr. Lopez Fabra, que se vende en nuestra administracion á doce reales, y á 6 para los suscritores á *EL CASCABEL* ó á *Los Niños*.

Siguen la mayor parte de los periódicos políticos defendiendo al Banco de Paris, y éste hará su negocio á costa del pobre país.

¡Ah! infelices contribuyentes, cada vez sois más bonachones.

La Correspondencia trae la importante noticia de que á Frascuelo le han regalado una perra.

Parece que á consecuencia de esta noticia, la diplomacia europea reunida va á pedir al emperador prusiano que rebaje seis reales de los 5.000 millones de francos que le han de pagar los franceses.

La señorita Pascuali y el Sr. Mayeroni son cada noche más aplaudidos en el teatro de la Alhambra.

Trabajan muy bien y deben Vds. ir á verlos.

¿Me quieren Vds. decir por qué diablos se ha de hacer en los dias de Todos los Santos y ánimas el *Don Juan Tenorio*?...

No encuentro otra razon que la de que en un acto el teatro representa un cementerio, pero no la considero bastante.

Parece que se ha presentado en el Congreso una proposicion para que sea libre el ejercicio de todas las profesiones, sin necesidad de título ni cosa que lo valga.

¡Anda, morena! ¡qué bien íbamos á estar entonces!

Yo me haria en seguida médico de señoritas, arquitecto y boticario.

Me parece á mí que los revolucionarios estos tienen graves sintomas de haber perdido la chaveta.

Excitamos á este gobierno, que parece un poco más escrupuloso que otros, á que suprima eso de los *gastos secretos* en los ministerios y gobiernos de provincia. De todos los gastos que se hagan debe darse cuenta.

Parece que el espiritista ministro de la Guerra intenta rebajar el Estado mayor general, que es tan numeroso y tan inútil por lo regular.

No podemos ménos de aplaudir tan buen propósito.

Si eso se lo ha aconsejado algun espíritu, bien se lo puede agradecer.

Es una medida que reclamaba con razon la opinion pública.

Ha habido un pronunciamiento militar en Méjico, y el indio Juarez, tan republicano y todo, ha mandado fusilar más de doscientas cincuenta personas.

¿Qué tal?... ¡Y hablan luego de la tiranía de los reyes!...

¿Dónde hay un tirano que lo sea tanto como esos reyezuelos del gorrillo frigio?

La Ilustracion de Madrid publica en su último número un parecido retrato de nuestro malogrado amigo D. Severo Catalina, y el artículo necrológico escrito por D. Fermin Caballero, que insertamos en otro lugar.

Mucho nos complace que *La Ilustracion de Madrid* haya honrado así la memoria de nuestro inolvidable amigo.

A un dignísimo empleado que llevaba veintinueve años de servicios en el ministerio de Gracia y Justicia, le han dejado cesante.

Por Dios, Sr. Colmenares, repare V. E. esa falta de consideracion, que no puedo suponer haya sido cometida por persona tan digna y justificada como V. E.

El otro dia atropelló un coche á un caballero muy gordo, pasándole por encima, pero con tan buena suerte que no sufrió daño alguno.

Y luego lo contaba él, diciendo:

—«La fortuna fué que yo no iba dentro del coche, porque entonces me aplasta pasándome por encima.»

Segun dice un periódico, en Badajoz un cura ha dado dos navajazos á otro.

¡Canario con el curita! ¡Qué humildad la suya!

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLÉ DEL CID, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)

EL CASCABEL

Papel público dedicado á todo el que sepa leer y quiera saber lo que pasa en el mundo, y tener cada semana un rato de honesto solaz y agradable esparcimiento,

ESCRITO, SIN OFENSA DE NADIE, DESDE EL 1.º DE ENERO DE 1872 ÚNICA Y EXCLUSIVAMENTE POR SU FUNDADOR

D. CARLOS FRONTAURA

(por muchos años).

Prospecto, Programa, ó como se quiera llamar, que dirijo al benévolo é ilustrado público, mi señor.

Señores: así Dios nos salve, que es lo que á Vds. y á mí más nos interesa, como creo que son muchos CASCABELES ocho años de CASCABEL, y que para que el ilustrado público siga favoreciendo á este humilde servidor suyo, y de nadie más, importa grandemente que EL CASCABEL sufra tales reformas y ofrezca tales novedades, que á todos dé gana de comprarlo, y como cosa útil, amena y digna de atención, se le busque por chicos y grandes, por hombres y mujeres, y en él encuentren todos contentamiento, y nadie de él pueda quejarse, por si es negro ó si es blanco, sino que por el contrario, lo mismo agrade al zorrillista más echado para adelante que al carlista más echado para atrás, lo mismo al isabelino más estirado que al republicano más tremendo; así á la niña inocente como á la jamona del colmillo retorcido, igualmente al socio del *Jockey club* que al maestro carpintero ó al peón de albañil, y al cura de la parroquia como al maestro de escuela, y á la aristocrática dama como á la alegre y modesta modista... y en fin, á todo el que coma pan y no le estorbe lo negro.

EL CASCABEL, en estos tres años, se ha dejado llevar de la corriente, y ha echado su cuarto á espaldas en el juego de la cosa pública, disgustando así á muchos de sus lectores, á los unos porque les enfada la política y á los otros porque han tomado partido por este ó por el otro, y si ántes querían EL CASCABEL, luego han querido *La Igualdad* ó *La Regeneracion*, haciéndose hombres de partido y por consiguiente apasionados y exclusivistas, y contrarios por ende á la política bonachena,

tolerante, conciliadora, desapasionada de EL CASCABEL.

Señores, pequé, pero confieso mi pecado, y por consiguiente, espero que todos Vds. me absuelvan, y aquellos que se enojaron conmigo, ó porque hablaba de política ó porque no hacía la política que á ellos les gustaba, me vuelvan á su gracia, completamente desenojados.

En el año próximo, EL CASCABEL va á ser un periódico puramente ameno y festivo, va á ser lo que era en su primer año, escrito, como entónces, desde la primera hasta la última línea por un servidor de Vds., periódico crítico, sin ofender á nadie, moral, sin sermoneo, procurador del pobre, defensor del contribuyente, espejo de las costumbres, sábelo todo de la corte, burlón á las veces, pero sin envidia ni malevolencia, compilador de todos los chistes y donaires que se digan en el mundo, siendo de buen género, se entiende, y diversion y entretenimiento de todos.

EL CASCABEL no tiene partido político. Aplaudir lo bueno y censurar lo malo es su misión en política. Por lo demás ni quita ni pone rey ni Roque, ni se enamora de ningún partido, desengañado como está ya de que la política en España es solamente un *modus vivendi* inventado para uso de los ambiciosos que tienen pocas ganas de trabajar.

Pero, para escribir bien este periódico, para darle amenidad, variedad y novedad, es preciso que sólo se publique un CASCABELITO cada semana, que se venderá públicamente en toda España los sábados. De este modo respondo que EL CASCABEL será esmeradísimo en su parte literaria, y si no sale bien habrá de ser porque yo no sepa

más, toda vez que me propongo hacer en él todo lo que sé.

Más no es esto sólo lo que me propongo hacer en el año próximo.

Á la vez que un periódico divertido y que dé un buen rato cada semana al lector discreto, quiero ofrecer á mis favorecedores una obra, cuya utilidad reconocerán apenas exponga mi plan lo más claramente posible.

Es un libro que conceptuo de suma necesidad para todos, para todos importante, curioso, útil, indispensable.

El hombre político, el de negocios, el sacerdote, el comerciante, el industrial, el rentista, el médico, el biógrafo, el maestro de escuela, el agricultor, el militar, el viajero, el bibliófilo, el historiador, el estudiante, la madre de familia, el literato, el periodista, todo el mundo, en fin, encontrará en ese libro algo que le interese, que le sirva, que le facilite saber lo que desee, que le ahorre tiempo y trabajo, que le dé noticias que le sería difícil hallar en otra parte, que le haga conocer curiosísimos datos y le ayude en todo tiempo á recordar los hechos y las fechas, etc., etc.

No habrá ciertamente muchas personas que puedan decir que para ellas no tiene utilidad este libro; solamente las que no sepan leer, y aun estas gustarían de que se lo leyeran.

Este libro, que será cada año un tomo en 4.º, de 384 páginas y 768 columnas, elegantemente impreso, se titulará

COSAS DEL AÑO

y contendrá la *Historia completa del año* en que se publica, la historia política, la historia religiosa, la historia cómica, la historia literaria, bursátil, industrial, comercial, criminal, legislativa, médica, jurídica, teatral, bibliográfica, militar, sanitaria, científica, artística, astronómica, con un caudal copiosísimo de noticias relativas á todos los hechos notables.

La prensa periódica dá infinidad de noticias diariamente, pero el periódico diario se pierde, y fácilmente se olvidan los hechos, las fechas y los dichos que conviene no olvidar. ¡Cuántas veces se emplea gran suma de tiempo para averiguar la fecha de un decreto, para recordar el discurso de un diputado, para buscar la prueba de la inconsecuencia de un hombre público, para saber noticias de estadística que se necesitan, para encontrar la fecha de una proclama, la de la muerte de una notabilidad, y otra gran porción de sucesos que en nuestro libro se encontrarán en dos minutos!...

Dada una ligera idea de mi pensamiento, voy á explicar la forma en que ha de realizarse.

Esa *Historia del año*, hecha al día, con la mayor esmerulidad, sin que se olvide nada notable, sin que deje de consignarse nada que sea de interés para la generalidad ó para una clase, sin omitir ningún hecho importante, ninguna fecha digna de mención, se dividirá en doce meses, y en los diez primeros días de cada uno, á contar desde Febrero, saldrá á luz el cuaderno que contenga la relación de todos los hechos del mes anterior.

Empezará cada cuaderno con una Revista del mes, escrita en verso y prosa por D. C. Frontaura; seguirá el índice de todos los hechos notables, de todos los decretos, leyes, etc. publicados en los 30 días; el resumen de las sesiones de Cortes habidas en el mes, el de las cotizaciones de la Bolsa, el de los crímenes cometidos en España en las cuatro semanas, el de los inventos y adelantos industriales, el movimiento de las poblaciones más importantes, el estado de las funciones dramáticas, el de los libros, folletos, periódicos y hojas sueltas publicadas durante el mes, apuntes biográficos y necrológicos de personas notables, revista de modas, datos administrativos, la relación de los hechos y dichos de los personajes políticos en las Cortes, en la prensa, en las reuniones; noticias sobre causas célebres, y además de otras muchas cosas que sería prolijo enumerar, una miscelánea de chistes, donaires, cuentos y tonterías tomadas de aquí y de allá, para que todo, absolutamente todo, lo serio y lo cómico, lo formal y lo ridículo, quede consignado en la *historia* de cada mes.

Este curiosísimo libro será, por decirlo así, la fisonomía exacta de la política, de la legislación, de las costumbres, de la administración, de la literatura, de la civilización, de la época, en fin, y los doce del año formarán un riquísimo conjunto de datos y noticias, indispensable y útil sobre todo encarecimiento; no faltará en él nada de cuanto interese, instruya ó sirva de utilidad general; pero por si acaso se omitiese algo por olvido ó por no recibir los datos á tiempo, al fin del libro se dará un

apéndice que contenga todo lo que por aquella razón se haya omitido en el curso del año.

Como este libro no puede empezar á publicarse hasta los primeros días de Febrero, en que se repartirá el cuaderno que contendrá la *historia de Enero* y ántes quiero hacer un obsequio á los suscritores, en fines de Noviembre publicaré el primer cuaderno de

COSAS DEL AÑO 1872,

y este cuaderno, que es regalo para los suscritores, contendrá el

ALMANAQUE COMPLETO PARA 1872,

con el santoral, fiestas, ferias y demas noticias útiles, y la *Introduccion* de

COSAS DEL AÑO

escrita en prosa y verso por

D. Carlos Frontaura.

Este cuaderno, que es en el que realmente empieza la obra que se ofrece, será regalado á todos los actuales suscritores y á los que se suscriban desde 1.º de Enero, siempre que hagan la suscripción ántes de terminar el presente año.

Sólo me falta decir que el libro

COSAS DEL AÑO (1872)

será elegante en su forma (tamaño de la acreditada *Revista de España*) de impresion clara, compacta y correcta, estrenándose una fundición al efecto, y se repartirá cada mes, con su cubierta y cosido para que no se pierda ninguna hoja, y los suscritores puedan conservar los cuadernos y encuadernarlos á fin del año.

PRECIOS DE SUSCRICION.

La confeccion, impresion y papel del cuaderno mensual cuesta á la empresa bastante más que los números de EL CASCABEL que se suprimen cada mes; sin embargo, como tributo de gratitud á mis constantes suscritores, no se altera para ellos el precio establecido.

Los actuales suscritores pagarán siempre los precios que hoy rigen, á saber

Madrid. Tres meses, 9 rs.; seis id., 16; un año, 30.

Provincias. Tres meses, 10 rs.; seis id., 18; un año, 34.

Extranjero. Tres meses, 22 rs.; seis id., 38; un año, 74.

América. Seis meses, 38 rs.; un año 70.

Filipinas. Seis meses, 60 rs.; un año, 100.

Los mismos precios pagarán los que se suscriban ántes de primero de año, y los que, habiendo sido suscritores á EL CASCABEL en alguna época, y no lo sean hoy, quieran volver á serlo, y hagan su abono ántes de terminar este año.

Conviene hacer la suscripción ántes de terminar el año, para poder saber cuántos ejemplares se han de imprimir del libro

COSAS DEL AÑO.

Queda, pues, sentado, que para los suscritores actuales, para los que lo han dejado de ser y vuelven á serlo y para los nuevos que lo sean desde primero de año próximo, siempre que hagan el abono ántes de terminar el actual, los precios son los mismos de hoy.

Para los suscritores nuevos que se abonen despues de empezado el año 1872, el precio será 12 rs. tres meses; 22 seis, y 40 el año.

Los cuadernos de cada mes de

COSAS DEL AÑO

se venderán sueltos á 4 rs.; de modo que tomándolos sueltos, costarán 48 rs. los 12 del año, y suscribiéndose ántes de terminar el actual, se tendrán por

30 rs. en Madrid y 34 en provincias

todos los números del año de

EL CASCABEL

y los doce cuadernos, y el de regalo con el almanaque y la introduccion de

COSAS DEL AÑO.

Este es el plan que someto á la aprobacion de mis constantes favorecedores con la esperanza de obtenerla.

Fáltame sólo reiterarles mi firme propósito de hacer de EL CASCABEL el más ameno y agradable periódico, y del libro *COSAS DEL AÑO*, la obra más positivamente útil y necesaria en toda casa.

Mucho es el trabajo que me impongo; pero con voluntad, perseverancia, la ayuda de Dios y el concurso de los suscritores, espero poder cumplir como bueno y merecer la benevolencia de mis favorecedores.

Dios lo quiera, y el público me sea propicio.

Se fija en 32 grandes páginas la dimension del cuaderno de cada mes de las

COSAS DEL AÑO,

pero el mes que haya alguna ley, algun documento de gran importancia que insertar se dará mayor número de páginas, si es preciso.

Suplico á cuantos lean este proyecto de publicacion y tengan algunas observaciones que hacer para el mejor desempeño de la obra, que se sirvan dirigírmelas por escrito y me harán mucho favor.

Tambien recibiré con agradecimiento en el curso de la publicacion todos los datos, noticias, documentos, libros, folletos, etc., etc. que me remitan, para hacer de ellos mencion, los particulares, las empresas, las corporaciones, los editores, los industriales, los comerciantes etc.